

JORGE CUADRADO



EL MAR EQUIVOCADO
(Y OTROS CUENTOS)



Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-04-3

© EDUVIM – Editorial Universitaria Villa María

© Jorge Cuadrado

Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos

Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario “Leamos a Córdoba en su Literatura” del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM.
Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

EL MAR EQUIVOCADO

Cosas como ésta vas a ver a montones, Sosita. Operarios que reclaman lo que no trabajaron, cornudas que quieren desplumar al marido, tullidos buscando a quién endosarle un accidente de trabajo. No es una novedad, Sosita, es gente que no sabe de valores, capaces de aplastar a cualquiera con la excusa de sobrevivir. Lo que me sigue resultando increíble es que el nieto del Mudo sea uno de estos; la verdad es que me lo figuraba de todo menos pendenciero. Mirá que venirme a joder a mí, que si hubiese tenido tetas lo habría amamantado. Vos viste, Sosita, en el escrito se larga a hablar del derecho de los humildes, como si para salir de pobre en vez de laburar hubiera que llenar los tribunales de panfletos. Decí que las cosas están en tus manos. Andá a saber cuánto me haría renegar uno de estos resentidos que viven de la carne ajena. Por suerte estás vos y te puedo contar cómo fueron las cosas. Te consta que un hombre que piensa morirse como yo, con los pies clavados en

esta tierra, no puede decir más que la verdad, así que, quedate tranquilo. No vas a ponerle la firma a ninguna boludez.

El abuelo de este mocoso, que ahora escupe frases jurídicas como si supiera, era un lorquino que llegó en el mismo barco que mi padre y se pasó el mes y medio de viaje llorando en cubierta. Lloraba y silbaba. De más está decir que no había un alma a la que no le despertara curiosidad. Pero si alguno se acercaba, lo corría diciéndole que eran canciones del mar y recién volvía a silbar cuando lo dejaban solo. A muchos les daba bronca que actuara como el único doliente, porque tenía que saber que en el barco nadie la había sacado barata. Si por eso abandonaban la patria, porque se habían cansado de sacar el cubo seco del aljibe. Porque se morían de hambre cuereando animales que ni costillas tenían. Lo que pasa es que mi padre y los otros aprendieron a mirar el mar desde la proa, en cambio el Mudo se iba para el otro lado. Silbaba, lloraba y seguía la estela que iba dejando el barco. Algunos pitucos le dicen desarraigo, exilio, usan esas palabras adornadas, pero en el fondo es flojera, Sosita. ¿Te das cuenta, no? Para el viejo, el agua era un canal de unión, una ruta que llevaba a un puerto, y al Mudo, por más que le saliera espuma de las comisuras, no lo movían de la popa.

Por suerte para él, a su lado viajaba don Isidro Palau, mi viejo querido, que cuando tocaron tierra se ocupó de todo. Empezó de a poco, el viejo: les doy esto, me dan lo otro, y así fue acumulando hasta llegar al almacén. Al Mudo lo puso a llevar pedidos. Le daba una carga liviana, le hacía la hoja de ruta para que no demorara y así y todo cada dos por tres lo encontraba en la playa con los paquetes sin entregar, silbando como un loco porque según él la música cambiaba el sentido de las corrientes. Después agarró confianza, el Mudito, y callado como era se preñó a todas las putas del pueblo. Supongo que no hace falta que te diga que los hijos le salieron torcidos. Decí que era mi viejo el que guardaba la plata, porque a esas sanguijuelas no era fácil sacárselas de encima. Pobre mi viejo, creyó que al Mudo lo iba a despellejar una venérea y se murió él primero. Tendrían que contarle a este pendejo desagradecido que mi viejo todavía meaba sangre y lo mismo me pedía que cuidara a su abuelo. ¿Y vos creés, Sosita, que el Mudo tomó nota de quién había muerto? Recién como a la semana cayó a darme el pésame. Para ese tiempo yo me había hecho de los campos, había sacado a los peones del granero y les había armado un galponcito con separadores para que vivieran con las familias. Y no creas que al Mudo lo llevé conmigo sólo por el pedido de

mi viejo. Acá desde que vino Colón que somos buenos cristianos. Al principio lo puse a echar pasturas, pero el tipo se mandaba toda una ceremonia: palmeaba la cabeza de los bichos, les tarareaba, a veces se echaba a la vera del arroyo a verlos refrescarse, así que lo metí a controlar a los cuatreros porque, tengo que reconocer, Sosita, a honesto no le ganaba nadie a ese mudo vago. Un poco por eso y otro para que se contagiara las ganas de trabajar, lo hice compartir el rancho con el buenazo de tu padre: el gaucho Sosa, el mejor empleado que he tenido. Pero mientras tu viejo se estrujaba al sol, al Mudo había que ir a buscarlo a los espigones. Y a menudo lo encontrábamos llorando porque quería saber si el mar y las lágrimas tenían el mismo gusto. La cuestión es que un día de viento llegamos tarde y el flojo éste se había metido con la ropa puesta. Nadaba duro contra las olas, como enojado con el destino. Cuando iba por los cien metros empezamos a notar que las brazadas eran desaparejas, y a los doscientos se frenó. Como no podía seguir ni volverse, empezó a los alaridos. En un santiamén gritó todo lo que se había callado en la vida. Hubo dos o tres que se tiraron pero no pudieron sacarlo a tiempo. Estaba morado y el agua le salía hasta por las orejas. Mierda, Sosita, tendrían que agregarle al escrito que gracias a los

Palau el Mudo tuvo una cruz y un agujero donde enterrarlo.

Después les tocó el turno a ustedes, es decir, cuando murió tu padre me ocupé de que no te faltara nada, de que pudieras estudiar. Más que el campo, el pueblo entero necesitaba cerebros nuevos. Pero al nieto del Mudo no pude corregirlo. Si por lo menos hubiese heredado la fidelidad del abuelo, pero no, le quedó lo haragán nomás. Al tipo le gustaba mojarse las patas en el agua salada, entonces abandonó la escuela y se fue al puerto, a esperar, según decía. Porque, también es cierto, Sosita, antes de ahogarse, el Mudo me pidió que le guardara el dinero al nieto para cuando fuera libre. Sí, escuchaste bien, esa palabra usó. Supongo que el mocoso creyó que a la libertad la traían las corvinas, porque se pasaba las tardes mirando al este. No hacía una semana que estaba en el puerto y hasta en los burdeles rumoreaban que cuando aparecía un barco de bandera roja y amarilla el nieto del Mudo dejaba lo que estaba haciendo y se ponía a cantar. Por la Virgen Santa, Sosita, pensar que para esa época vos ya eras el doctor Sosa.

Pero vamos al grano así terminamos de una buena vez. Resulta que el chico cayó un día a mi casa a decirme que se iba a Europa y que quería su plata. Ni más ni menos. Así como abris los ojos vos los abrí yo. Para

colmo me lo dijo muy suelto de cuerpo, como si fuera lo más normal del mundo. Casualmente yo estaba viendo un partido del Barcelona y pensé que en una de esas había salido bueno para el fútbol y el tipo se tenía confianza. Pero ni eso. Quería irse nomás. Encima me hablaba y no sacaba las manos de los bolsillos. Decí que conté hasta diez, me tomé mi anís y le pregunté si tenía idea de dónde quedaba Europa. No, me dijo, pero de allá era mi abuelo. Sabés qué pasa, querido, le dije para fastidiarlo un poco, con esa plata no te alcanza ni para irte en balsa. Pero el chico ni pestañeó, al contrario, hizo un gesto como que entendía. Incluso me preguntó qué podía hacer. Por eso te digo, Sosita, debe ser el abogado el que lo espolea. Me cuesta creer que a este pobre diablo se le haya ocurrido hablar de defraudación. Si será hijo de puta. ¿Sabés quién se ocupó de que al Mudo nunca le faltara el agua en la mesa? ¿Sabés lo que me sale el arancel del cementerio? Encima les tengo que dar a los hijos. Los malparidos se ponen de acuerdo para esquilarme y jamás van a verlo. Si la Juana me contó el otro día que el nicho del Mudo apestaba, y resulta que era el agua podrida del jarrón de las flores. Andá a saber cuándo fue la última vez que la cambiaron.

Pero quiero que se te grabe, Sosita, porque estoy seguro de que tenés

despiertas las entendederas: el Mudo no hacía nada en el campo. La plata que yo guardaba era para que el nieto fuese a la universidad. Necesitábamos un ingeniero no un zángano que se la pasara provocando a las olas. De todas formas, te aclaro, los Palau no le negamos una mano a nadie. Así que me acordé de un diputado amigo, ese que te hizo nombrar ayudante de la fiscalía, y le di unos pesos al chico para que fuera a verlo a la capital. Desde allá salían barcos a cada rato y era más fácil conseguir un trabajito. Y prestale atención a esto. Si vos leíste lo mismo que yo, en el escrito dice que el diputado no le dio bola, que le cerró la puerta en la cara. Mirá si serán ladinos. Más vale que el diputado no lo hizo pasar al despacho ni le sirvió un whisky, pero la secretaria le pidió los datos, los agendó y hasta le dio la tarjeta de un hotelito para que le hicieran descuento. Después no lo ubicaron más. A la semana lo llamaron porque podían conseguirle uno de esos pasajes de avión que usan los políticos y el chico ya se había metido en un carguero catalán. Te digo más, no conozco todos los detalles, pero el Tito Costas, que es pariente de un oficial del barco, me contó que lo encontraron un par de veces cantando en la cubierta mientras se le amontonaba la tarea. Hasta el capitán lo sorprendió mirando el horizonte, lo más pancho. Dicen

que cuando le preguntó qué estaba haciendo, el chico le dijo: volviendo. A partir de ahí no le dieron más trabajo y lo agarraron para la joda. Le preguntaban si lo estaba esperando la reina en Puerto de Palos. Y anotó esto, Sosita, no al pie de la letra porque no es seguro: según el Tito, un día lo descubrieron subido al mástil, prendido a la bandera, y casi lo tienen que bajar a tiros. Estuvo en el calabozo el resto del viaje y al llegar lo mandaron derecho a Migraciones. Esto lo sé porque el cónsul es un amigazo. Creo que te lo presenté cuando asumí la intendencia. El chico apenas tenía el pasaporte y unos pesos nuestros. Ni sabía lo que era una peseta. Entonces empezaron a preguntarle dónde iba a alojarse, qué pensaba hacer en Europa y esas cosas, y este zanguango insistía con que su abuelo se había ido y a él le tocaba volver. Te imaginarás, Sosita, qué le iba a importar a los de Migraciones la sed de las cabras o la anchura del río de la Plata. Los tipos tenían una ley y había que cumplirla. Así que lo metieron en una pieza, grande por supuesto, le dieron comida, alguna gaseosa, escucharon la historia del Mudo y los gritos que largaba antes de ahogarse y lo mandaron al aeropuerto. En menos de veinticuatro horas estaba de vuelta acá. Ojo, el cónsul también me dijo que le abrieron un sumario a uno de Migraciones. Parece que el chico declaró que

al mar había que cantarle para que permitiera el paso, y el animal se le rió en la cara y le dijo que entonces le había cantado al mar equivocado. A lo que sigue lo conocés bien, Sosita. El chico volvió y como no tenía anécdotas para contar, en algo tuvo que usar la boca. Conoció un pica-pleitos de los que se forran alegando en favor de la humanidad y metió una demanda contra la única persona en el mundo que lo había ayudado. Por suerte vos sos de otro palo, Sosita, vos le agradecés a la vida, vos al mar te vas a bañar, a tomar sol, a jugar con esas tablas arriba de las olas. Por eso llegaste a juez. Y si me permitís, y no es para que lo escriba tu secretario, creo que ni vos imaginás el futuro que te espera.

IVÁN

Es posible que Iván ni se imaginara que esa mañana le robaría a un compañero. Su madre lo había dejado en la escuela muy temprano, como siempre, y él se había sentado sobre su mochila, en el final de la galería, a espiar excesos y decepciones ajenas. Habían sido tantas las horas que sumó en esa postura (Iván era muy consciente de eso) que nada le resultaba distinto: el bolso inflado de alfajores del Henry Dutto, la creciente renguera del Cabezón Bonessa, el anillo de plata en la mano de Marisa García. Al principio, las maestras le acariciaban la mollera y le preguntaban que hacía tan acurrucado, y hasta hubo una que se animó a ponderar de viva voz sus ojos claros (celestes como el invierno, dijo), pero con el tiempo comenzaron a sonreírle sin interés.

¿Nunca imaginó que robaría o siempre tuvo un plan?

Iván no tenía porqué atesorar rencores (¿o sí tenía?). Mamá le dejaba religiosamente los útiles ordenados, el dinero para la cantina y el beso

en la mejilla. Era bastante compinche de sus compañeros de quinto, que en general lo trataban con moderado respeto, y se había ganado cierta fama de serio entre los demás.

¿Arriesgaría todo eso en un solo lance?

La mañana en cuestión, cinco minutos antes del timbre de entrada, Iván vio, quizás antes que nadie, que Utellito, el petiso de cuarto, sonreía más de lo habitual y decidió no perderle pisada. Lo vio rodearse de chicos y sostener en lo alto, como podía, el álbum del mundial. La voracidad, la algarabía de esas bocas, la energía de Utellito, que se aferraba a ese álbum como al tronco de la vida, impulsaron a Iván a levantarse y caminar unos pasos, hasta escuchar lo que presumía: el más petiso de la escuela se había arriesgado hasta el corazón de barrio Cerino y había cambiado su par de botines nuevos por la figurita más difícil.

¿Fue el deseo de poseer el que ordenó el robo? ¿Fue la soledad?

Iván pensó y esperó dos horas. Ningún cómplice, ninguna huella. Durante el recreo más largo, trepó el paraíso del patio (conducta habitual en muchos alumnos y por lo tanto poco vigilada) y cuando sus ojos celestes como el invierno estuvieron seguros de que nadie los veía, saltó hacia el otro lado del tapial, corrió una cuadra y media rodeando la es-

cuela y se metió por la ventana de cuarto grado, justo donde años atrás la reja había sido forzada.

Utellito se sentaba en un banco del centro del aula y había dejado (lo sabía) el álbum en la mochila.

¿Dudó?

Se agachó para no ser sorprendido y abrió el álbum en la página veinticinco. Allí estaba, sonriendo, como si hubiese cobrado vida para él, el rostro que todos querían ver y por el que Utellito había sacrificado sus botines nuevos. Iván pensó (quizás) en las cajas de figuritas que compraba su mamá, en que nunca la había ayudado a pegarlas en el álbum, en que debía faltarle ésa para llenarlo. Quizás pretendió tomarse una vieja revancha y por eso arrancó la cara del jugador, su sonrisa, la vida que había cobrado sólo para él, y le dejó a Utellito (creía) un agujero irreversible.

¿Habrá pensado, Iván (como la mayoría), que sólo se arrepienten los débiles y los escépticos?

Escondió la figurita en su zapatilla izquierda y volvió por el camino de ida (apenas si se raspó la muñeca trepando el tapial). Llegó al aula casi con el timbre, con la misma mirada invernal con la que escrutaba desde la galería, y se sentó en el banco a que pase el tiempo.

Atendió la clase con sus ojos celestes, y hasta contestó algunas preguntas de instrucción cívica. Actuó como si no hubiera sentido escozor en el pie, como si no hubiera tenido ganas de quitarse la zapatilla, arrancarse la figurita y dejar en la planta el mismo agujero irreparable que había dejado en el álbum.

¿Pensó en devolver la figurita? ¿Pensó que su madre dejaría de ir inútilmente al quiosco en busca de la más difícil?

Iván pasó el recreo siguiente en su rincón, conversando con uno de sexto, siguiendo (por sus rabillos celestes) los movimientos de Utellito. Lo vio correr por la galería, con una expresión que juzgó desesperada, y tal vez imaginó que las cosas habrían sido distintas si se hubiese permitido llamarlo y contarle todo y empezar de nuevo al día siguiente. Pero lo dejó correr y desesperar, y como sonó el timbre antes de que Utellito regresara, tuvo que meterse en el aula sin saber lo que había sucedido.

Lo supo (dos minutos después). Utellito entró llorando al aula de quinto, de la mano de la directora. Tenía los ojos marrones bajo esa carata de lágrimas y hablaba a través de la directora, que preguntó en voz alta quién le había quitado la figurita a Norberto. Recién allí supo que Utellito se llamaba Norberto y (quizás) que sabía quién era el ladrón.

La directora no había mencionado la palabra ladrón, pero a él le había sonado como que sí, como que lo miraba fijo hasta no dejarle más remedio que descargar todo el invierno de sus ojos y rogar que se tratara de una inspección reglamentaria, como para que los padres de Utellito no reclamaran que las autoridades habían hecho poco.

¿Quiso confesar (Iván) que él sabía quién era el ladrón?

Como en el aula nadie hablaba, la directora le dijo a Utellito que hiciera lo que tenía que hacer, y Utellito caminó derecho, decidido, hacia el banco de Iván. No lo miró una sola vez, y cuando estuvo bien cerca dijo como para oyeran todos: “La tiene en la zapatilla”. La directora asintió con la cabeza y Utellito se arrodilló frente a Iván. Iván siguió con la vista en el frente, fría, celeste. Utellito sacó de un tirón la zapatilla derecha y la agitó hasta cerciorarse de que allí no estaba y entonces, cuando Iván sentía que el escozor del pie izquierdo iba a atravesarlo entero, hasta la conciencia, Utellito se levantó y lloró más que antes y dijo muy despacito que entonces Iván no había sido.

¿Le importó (a Iván) verlo sufrir? ¿Sintió la necesidad de decirle la verdad?

Se miraron. Ninguno de los dos alcanzó a entender lo que le pasaba

al otro. La directora dijo “Norberto, ahora tenés que pedirle perdón”, y Utellito pidió perdón y tragó el último llanto con una bocanada de aire espeso, y tosió, y se fue del aula de la mano de la directora.

Iván (tal vez sin reflexionar sobre el asunto) movió su pie izquierdo hasta que la figurita quedó bajo los dedos y dejó de picarle.

LETICIA Y EL BARCO

Mi abuela me hizo un barco de papel. Debe haber recorrido el barrio entero preguntando cómo, pero al final lo hizo. Usó, eso sí, el diario del día.

Nunca me habían llamado la atención los juguetes que no servían para ganar, pero quería tanto a mi abuela que acepté el regalo sin cuestionamientos. Le di un beso, la vi sonreír y salí de casa a los saltos, simulando haber recibido la sorpresa de mi vida.

Había llovido mucho y en las cunetas se había formado una corriente navegable, pero eso tampoco me estimuló a botar el barco, así que estuve un rato esperando que mi abuela dejara de vigilarme. Cuando eso ocurriera, me iría al club y el barco terminaría en un charco, como cualquier nave que no se anima a desafiar su destino. Pero mi abuela no se movió, al contrario, como el vigía al que se le va la vida en su último trabajo, no me quitó los ojos de encima. Entonces me agaché, leí la palabra

azar en la proa, y apoyé el barquito sobre el agua mugrienta. La fuerza del torrente me lo arrancó de las manos.

Recién ahora, después de tantos años, entiendo que aquel despojo resultó un desafío, que si comencé a seguir el barco, a vigilar su ruta, a imaginar destinos, fue porque no tenía claro si era su dueño o ese pedazo de papel con noticias frescas no tenía capitán. De cualquier manera, dejé de ser ajeno a su suerte.

En aquella época, todos sabíamos lo que significaba llegar, entendíamos que era un verbo que no necesitaba de cuándo ni dónde. Bastaba con un sueño y la voluntad de correr tras él. Por eso perseguí el barquito cuadrado y cuadrado, lo vi atascarse entre etiquetas de cigarrillos, incluso en pequeñas ramas, pero jamás intervine: dejé que se valiera por sus medios hasta ver cuán heroica podía ser su travesía.

Atravesaba la plaza, es decir, el puerto mayor de la ciudad, cuando alguien me llamó. En uno de los bancos, sentada como si no esperara nada, estaba ella. Jamás la había escuchado pronunciar mi nombre, pero salió tan dulce de su boca que fue imposible no creer que seguía soñando. Igual intenté ocultar que su llamado me había estremecido. Hola, le dije, así nomás, como si fuese habitual responder a un saludo suyo, y

volví a ocuparme de la ruta de mi barco, que por entonces marchaba sin obstáculos hacia la bocacalle más transitada de la ciudad.

¿Leticia o el barco?, pensé, o quizás pregunté en voz alta. Ella sonrió, y juro que la hubiese invitado a bordo. Leticia y el barco, ¿por qué habría de abandonar a alguno de los dos? Casi a la carrera, para alcanzar el barco antes de la esquina, levanté los brazos. Era la inequívoca señal de que la estaba llamando. Pero Leticia no se levantó. Apenas si movió los dedos, como en un saludo final, y, eso sí, no dejó de sonreír.

La camioneta que aplastó el barquito de papel no sólo se lo llevó adherido a la rueda, sino que me empapó de arriba abajo, como si hubiese querido despertarme de un sueño pesado. No lloré, porque ella todavía miraba desde la plaza, pero recuerdo haber tragado en seco y salir corriendo para ganarle a las lágrimas.

Mi abuela, que por la ventana me había visto llegar, esperaba con una toalla y un té caliente. No preguntó nada, pero igual sentí la obligación de mentirle.

—Llegó, abuela, llegó.

Ella hizo como si no me hubiera escuchado.

—Te preparé el baño —me dijo—. Te va a hacer bien una buena ducha.



PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Edivim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Jorge Cuadrado: Nació en 1965. Es periodista desde los 14 años. Trabajó en Río Tercero, Santa Rosa de Calamuchita y Córdoba, en medios como **LW 1, Canal 10, LV 2, Canal 12 y Radio Mitre**. En diciembre de 2006 publicó su primera novela, **Romagosa. Una historia imperfecta**. También ha publicado cuentos en diarios y revistas provinciales. Su cuento *"El mar equivocado"* fue distinguido en Zaragoza (España) en un concurso internacional dedicado al agua, en el marco de la Feria Expo Zaragoza. Su publicación en esta colección es la primera para la Argentina.



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARÍA

